

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscription: En la Península: Un mes, 1.50 ptas.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id. Número suelto, 0.10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales. Redacción y Administración, Mayor, 24

Conditions.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Admin- dor

España y la Argentina

El gran Certamen internacional que en el próximo mes de Mayo conmemorará la República Argentina el primer Centenario de su independencia, despierta gran interés en todos los pueblos de origen latino.

Es verdaderamente prodigioso el desarrollo adquirido por aquel país, donde tantas energías hay acumuladas y en el que existen tantas riquezas explotadas y sin explotar.

Para satisfacción de nuestra raza, el pueblo argentino es una feliz derivación del pueblo hispano. No solamente el idioma, los sentimientos, las costumbres son análogas, sino también los intereses; y por eso al ver de qué manera, tan espléndida se dan, tróvau, las actividades, las energías, la prosperidad del pueblo argentino, el pueblo español siente verdadera satisfacción y legítima orgullo.

España desea estar dignamente representada en la inmediata conmemoración de los festejos argentinos, y para ello se dispone a enviar allí lo más selecto, lo más autorizado de nuestra nacionalidad.

A su vez, la República Argentina tiene vivísimos anhelos en que la madre España, reciba con aquel motivo el más solomne homenaje del amor filial que los pueblos americanos de origen español desean testimoniar á la madre patria todos sus sentimientos de respeto, amor y consideración inherentes á su grandioso origen.

Puede, pues, considerarse la fiesta del país argentino como una importante manifestación de la pujanza española, que allí se reflejará al empuje del progreso, de la libertad y de la civilización.

Será una fiesta hecha en honor de la raza hispana, esa raza noble y sufrida que ha civilizado los continentes nuevos y que por su grandeza histórica recibe el respeto de todas las otras naciones del mundo.

España y la República Argentina estrechan sus lazos de amor como la hija feliz y próspera en brazos de la madre dichosa y venerable. La conmemoración de la independencia del pueblo argentino es para España algo que llega hasta su corazón, haciéndole latir con impulsos y sentimientos de afecto y compenetración de la raza.

España revive en la Argentina y siente como propias las alegrías y las satisfacciones de aquel gran pueblo, y experimenta un orgullo maternal en sus prosperidades, sus grandezas y sus éxitos.

CUENTO DEL SABADO

EL DESQUITE

En la reja, ese montido jardín donde los enamorados entablan pláticas apasionadísimas, que á veces son interrumpidas por el encanto de la sintonía y el alboror de día; en la reja, ese delirioso cachito de gloria; donde un hombre y una mujer riman el dulce madrigal de sus amores, rose Rosario blancos ropas.

Al verla, Pinturas llega hasta ella con actitud resuelta. —Aquí me tienes atraído por las luminarias de tus ojos serranos, y de aquí no me voy hasta desirte una cosiya que se me está repudiendo en el pecho.

—Pa que yo la escuche hay un inconveniente mu grande... En cá iglesia se replica á gusto del acristal (verdad?) Por la ermitiya que estás mirando tíe er suyo y el hombre que es mu caprichoso, se le ha puesto en la asera er que no eche yo las campanas a vuelo tos los días, y mucho menos si los repiques han de servir pa rezacas los oídos a un sacrificio de tu calafate. Y aluego, como se es ningún misterio esa cosa, pues ahorrate er trabajo é contármela.

—Rosariyo, deja que tus labios, más frescos qu' el agua que se resuma en esa jarra y más encandios que las flores de los granajos, se muevan pa desirme las palabritas que tante ambisio. ¡Dime ese gusto, matita de romero!

—Marque estás mu malito de mar d' amores, no pueo darte la medicina que deseas, bien lo sabes.

—Tus desprecios me tienen medio loco. La locura siega, Rosario, y pue ser que, siego, le parta el pecho de una puñalá al hombre que me roba tu cariño.

—Presume, y aluego te pasa iguer que á los cohetes; se encienden mu pronto, se remontan mucho, dan el tronío y... ¡uesaitas, q'pa, colores que se apagan antes e yegar ar suelo... Eeo son tus bravatas, besos que se a pagan.

—Provocativa estás.

—Lo que es hoy es más achicharrá que San Lorenzo, y verte cogio á los hierros e mi ventana. Pinturas, sabe lo e una vez; de tí no quieo ni la

servesión! Conque, largo... No des tiempo a que yegue R. filio y tengas que ir á echarte un sueño en er peyajo.

De un portazo violento cierra Rosario las persianas. Pinturas, nervioso, iracunde, terriblemente excitado, se echa á la cara al sombrero cardobés; y con psoo tardío desaparece tras la esquina de la calle.

Sobre la alombra de fuego que fingen las llamas de las velas del altar, abra sus brazos una cruz acicalada con joyas, flores y rosarios, por do seli ene un pafiolón filipino... Masajos de rosas y juncas, de liliyas y clave es, la embalsaman con sus aromas.

Embebecido, Rafael, el sovio de Rosario, mira la destumbrante luminaria.

—Altar con más lujo nó le hay en er barrio, Carmela. ¡Bien sabes con servir nuestras costumbres!

—Eso sí, Rafael. Y mientras viva, en mi casa luzirá siempre, este día, la Santa Cruz. —Y con muchas flores y con muchas luses; manos que le adornen no han de faltarle... ¡ce muy satisfecho, el marido de Carmela.

—Todo eso está mu bien, Antonio, y onjalá sea como tú quieres, pero... ¡mirar la guitarra! De ver que no hay una manitas que, ajicantes sus cuerdas, está, más aburría, que un charco...

—¡Baila! ¡Baila!... gritan á coro las mozas y los hombres.

Trina la guitarra. En éste y aquel lado estallan risioteos y palmas.

—Rosario ¡quieres luzir una mijaca ese cuerpo bonito?—le pregunta Rafael.

—¿Por qué no?—responde ella devorándole con los ojos.

Bailan. Ella, risueña con el rostro encendido, palpitante el seno, magnífica, seductora... él, desembuelto, muy estirado, ebrio de júbilo y de orgullo... Airosos, ya giran ligeramente, ya se mueven con la dejadez provocativa de una bayadera; haciendo lindesza prolijas, afitigrasen las diversas mudanzas del baile. Déjáse de mironeo salen dichos donosos y entusiasmas jolés!

Avanza Pinturas con la altivez de

un moro, hasta donde Antonio está; retando á su rival con agresiva mirada, exclama:

—Venga esa guitarra, Antonio; que quiero yo echar mi copilla.

Y lleno de ironía, de sus labios brota este cantar:

En Santa María entrá: salieron los piconeros que me querían comer.

Rafael, lleno de coraje pretende ensangentar en los labios de su rival el último frase de la copla, cuando Rosario contesta:

El cariño de mi alma ni se compra ni se vende; quiero á un pobre y lo querré, hasta la hora de mi muerte.

Despedido, replica Pinturas: No pienses que por tu amor me derrite como cera;

yo soy de tal calidad que el mismo ruego me hiela.

Desgarra el aire la voz de Rosario, que dice:

No quiero que me quieras ni yo quererte, sine que me aborrecas y aborrecerte.

Con potente y desafiante tono canta Rafael:

No pienses que por ser rico has de valer más que yo; tu oro es moneda que rueda y mi oro es mi corazón.

—Yo te le partiré—grita Pinturas arrojándose, cuchillo en mano, sobre Rafael.

Rápido, Antonio descarga sobre el agresor un silletazo enorme; el cuchillo voltea en el aire y cae entre las flores del altar, donde fulgura con vivos destellos.

Callado este el patio. Un farol de mortecina sus retrata su esqueleto de fatón en las piedras del zaguán.

En las sombras del emparrado, Rafael la cabeza entre las manos, mira el ir y venir de inquieto gusanillo de luz.

Aparece un hombre en la penumbra del zaguán.

—Pinturas!

—No me digas ná; desde aquella noche sé te que de un reparasión.

—La quiteo ahora mismo, ya que ar fia te encuentro. Aquí so los, frente á frente como pelean los hombres, ca cual con su hieiro en la mano, ajustaremos nuestra cuenta... Apunta

bien, y que braso no te tiemble al dar er golpe.

Reumbren los cuchillos, suena un jayl desgarrador y Pinturas cae po sadamente sobre la arena...

Blindando, en la diestre el ensangrentado cuchillo, exclama Rafael, con salvaje complacencia:

—Cobré lo que debía... ¡er desquitel!

RAMIRO BLANCO.

Notas municipales

Ayer tarde se reunió en el Ayuntamiento la comisión de Instrucción pública bajo la presidencia del primer teniente alcalde Sr. Más, y con asistencia de los señores vocales Beniero, Sánchez Doménech (D. J.) y Alcaraz.

Entre los acuerdos tomados figuran denegar la solicitud presentada por varios concejales, proponiendo la erección de una clase para adultos en el barrio de Santa Lucía.

Proveer de locales higiénicos las escuelas de Campo-Niña.

Conceder una pequeña subvención al maestro del Algar don José Rodríguez.

Denegar la solicitud del Director de la Escuela Superior de Industrias, de que por el Ayuntamiento le sea entregada á dicho Centro de Enseñanza el importe de las matrículas de los alumnos de la escuela elemental en el curso de 1908 en que ésta fue suprimida pasando los alumnos á cursar estudios á la Superior.

Otro acuerdo recayó en la necesidad de que por el negociado de Instrucción pública, se haga un libro de inventario del material de todas las escuelas municipales.

Sobre una solicitud de un profesor de Los Dolores, pidiendo una subvención para una escuela de adultos que recayó el acuerdo de que se proveerá oportunamente, cuando dicho solicitante envíe los documentos que se le pidieron.

La Comisión de caminos acompañada del arquitecto Sr. Egeu pasó ayer mañana á la carretera de La Unión con objeto de recibir la piedra machacada para el arreglo de dicho camino.

La Comisión de Ensanche reunióse también ayer tarde en la casa municipal quedando constituida en la forma siguiente.

Presidente el Sr. Alcalde. Vicepresidente el Sr. Carlos Boga y secretario el Sr. Alcaraz.

El Sr. Espín secretario saliente dió cuenta de los asuntos pendientes y muy particularmente del estado del Alcantarillado.

Esta tarde á las seis ha vuelto á reunirse dicha comisión y el lunes próximo es fácil gire una visita á las obras del alcantarillado que se está efectuando.

La comisión de Policía también se reunió ayer tarde bajo la presidencia del señor Moncada, tomando entre otros acuerdos la suspensión de dos piezas de la brigada de policía y que se efectue diariamente el riego de nuestras calles.

La comisión de mercados que ayer tarde no pudo reunirse por falta de número, ha sido convocada para el próximo lunes á las seis y media de la tarde.

También ha sido citada por el señor Alcalde la comisión de Alumbrados para el día 24 del actual á las seis de la tarde.

Hoy han sido repartidas entre los señores concejales las citaciones para la sesión ordinaria que ha de celebrarse nuestro Ayuntamiento el próximo mes á las cuatro y media.

El dilema económico

El Estado sólo tiene tres medios para arbitrar recursos: los impuestos, la enajenación de sus propiedades y el crédito público. En la práctica todo se reduce á este dilema: ¿impuestos ó deuda pública?

Mien ras las necesidades de: Estado arien tan reducidas que no se preocupan ni de caminos, ni de riegos, ni de instrucción pública, ni de ninguno de los múltiples problemas que ha de resolver su Estado mo terro, se salta del paso aumentando los impuestos. Este recurso era, quizá, el preferido por los financieros de otro tiempo para poder atender á las necesidades de la Administración pública.

Pero hoy las circunstancias han cambiado. ¿Qué sería de franceses, ingleses, alemanes, rusos é italianos si á los miles de millones, prestados y gastados en la construcción de caminos, canales, telégrafos, ferrocarriles, ejércitos y escuadras?

¿Cuántas personas habrá en esas

re entorces ¿por qué se dirige á mi marido? Se perdía haciendo conjeturas, se imaginaba las cosas más románticas, pero siempre había una razón que las destruía. Una vez en el cambio de las suposiciones, sintió un deseo violentísimo de saber lo que Luciano iba á decirle á M. de Cornuet.

Llegó la hora de la comida; Luciano no pareció por el comedor, y pasó toda la tarde sin que nadie le viera. Hacia las diez, M. de Cornuet subió á su cuarto con su mujer, y casi al instante vinieron á avisarle que Luciano le esperaba en el jardín. Se dispuso á bajar y delante de Estefanía cogió un par de espadas.

—Dios mio, ¿qué vas á hacer?—exclamó Estefanía.

—Llevarle estas espadas á M. Nerlot que me las ha pedido.

—No, no; vas á batirte con él.

—¿Acaso hay motivo para que yo me bata con él?—dijo con tono severo M. de Cornuet.

—¿Qué sé yo?—exclamó Estefanía.—¡Alguna murmuración... una calumnia!

—Murmuraciones... calumnias...—repitió lentamente su marido;—¿de quién? ¿contra quién?

Mad. de Cornuet se calló. El la miró largo rato, y salió de repente sin añadir una palabra. Pero no había dado diez pasos fuera de la casa cuando ya estaba ella en el jardín, siguiéndole en la obscuri-

mo un hombre á quien le quitan un gran peso del corazón, y Estefanía escuchó más atentamente Luciano continuó:

—Hace tres años vivía yo en una capital de provincia adonde había ido á pasar unos meses. Vivía en casa de M. Grosbert.

—¡Ah!—le interrumpió Cornuet;—¿en casa del que ha sido preso á consecuencia de esa conspiración y cuyo nombre le hizo á V. tanta impresión?

—Precisamente; pero este será el único nombre que sabrá V., y cuento con que su delicadeza no le permitirá tratar de averiguar por éste cuáles son los de los otros personajes de esta historia. Por eso he dicho, cuando me ha visto V. tan conmovido al oír ese nombre, que el que lo lleva no había cometido ninguna infamia conmigo. Nuestro odio debe ser un secreto para que así no pueda descubrirse la causa; y si se la digo á V. es porque espero que no tendrá más confidente.

—Le doy á V. mi palabra.

—Grosbert—continuó Luciano—había sido mi compañero de colegio. Le volví á encontrar en París lleno de deudas, plagado de malas costumbres, y repudiado por su familia, á la que deshonraba cometiendo gravísimas faltas. Estas faltas habían llegado ya hasta la estaja, y cuando lo encontré estaba á punto de ser detenido y entregado á los

—Se la doy á V., y le repito que no tengo motivo para matarme.

—Está bien—dijo M. de Cornuet, y volvió al salón donde era esperado con viva inquietud.

—¿Qué le ha dicho á V.?

—Nada; que no tiene malicia, la gana de suicidarse.

—Gana, se comprende—dijo Fulgencio con ironía.

Pero esta observación de M. de Lator no tuvo el mismo éxito que la primera, y M. de Cornuet, volviéndose hacia él, añadió:

—Ninguna gana de matarse y ninguna razón para hacerlo, ¿entiende V., señor mio?

—Pero vamos á ver, ¿por qué se va?—preguntó Clara.

—Me ha ofrecido decirme esta noche—respondió M. de Cornuet.

—¿A V.?—exclamó Fulgencio.

—A mí; ¿por qué le extraña á V.?

—Por nada; si V. encuentra natural la confianza, lo que es yo...

—¿Y por qué no he de encontrarla natural?—replicó M. de Cornuet, que adivinaba la intención de Fulgencio y que se irritaba de servir de blanco á una broma de aquel caballere.

M. de Lator... —M. de B. I.